

Grant Allen

Un millonario africano

Episodios de la vida del ilustre coronel Clay

EDICIONES DEL VIENTO





Un millonario africano: Episodios de la vida del ilustre coronel Clay

Título original: *An African Millionaire: Episodes in the Life of the Illustrious Colonel Clay*

Publicado por primera vez por Grant Richards, Londres, 1897

Traducción y notas de Sonia Fernández Ordás

©Ediciones del Viento, 2009

EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E / 15006 La Coruña

Tel: 981 244 468 / e-mail: info@edicionesdelviento.com

www.edicionesdelviento.com

Diseño: David Carballal

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-96964-53-2

Depósito legal: xxxxxx

Impresión: Valladares s.l.

Impreso en España / Printed in Spain

Índice

I. El episodio del vidente mexicano	7
II. El episodio de los gemelos de diamantes	29
III. El episodio del maestro antiguo	55
IV. El episodio del castillo tirolés	77
V. El episodio de la partida en tablas	101
VI. El episodio del profesor alemán	127
VII. El episodio de la detención del coronel	149
VIII. El episodio de la mina de oro de Seldon	175
IX. El episodio de la caja lacada	199
X. El episodio de la partida de póker	221
XI. El episodio del método Bertillon	243
XII. El episodio del Tribunal de Justicia	263

1. El episodio del millonario africano

Me llamo Seymour Wilbraham Wentworth, y soy el cuñado y secretario de Sir Charles Vandrifft, el famoso millonario y financiero surafricano. Hace muchos años, cuando Charlie Vandrifft sólo era un modesto abogado en Ciudad del Cabo, tuve la (relativa) buena suerte de casarme con su hermana. Mucho más tarde, cuando las propiedades y la explotación que tenía cerca de Kimberley¹ fueron creciendo gradualmente hasta convertirse en las Explotaciones Mineras Cloetedorp, S.L., mi cuñado me ofreció el nada mal remunerado puesto de secretario, en cuyo desempeño he sido desde entonces su devoto e inseparable compañero.

No es un hombre al que un vulgar estafador pueda engañar; no a Charles Vandrifft. De mediana estatura, comple-

1. Los yacimientos de diamantes de Kimberley fueron los más prósperos en su día (1871-1914), y aún hoy ostentan el récord de contar con el agujero más grande del mundo excavado por el hombre.

xi3n fuerte, ment3n firme, buen ojo para todos los detalles, es la viva imagen de un genio de los negocios sagaz y triunfante. S3lo he conocido a un truh3n que lograra embaucar a Sir Charles, y ese truh3n, como luego recal3 el comisario de la policia de Niza, sin duda habr3a logrado embaucar a una sociedad formada por el detective Vidocq, el ilusionista Robert Houdin y el estafador y falso conde Cagliostro.

Hab3amos viajado hasta la Riviera para pasar all3 unas semanas durante la temporada de vacaciones. Dado que nuestro prop3sito era 3nicamente descansar y distraernos de nuestras arduas tareas y operaciones financieras, no consideramos necesario llevar a nuestras esposas con nosotros. En realidad, Lady Vandrift est3 absolutamente enamorada de los deleites de Londres, y no aprecia el encanto rural de la costa mediterr3nea. Pero tanto Sir Charles como yo, aunque vivimos enfrascados en nuestros negocios cuando estamos en casa, disfrutamos intensamente del cambio radical de la gran ciudad a la cautivadora vegetaci3n y la brisa di3fana del alto de Montecarlo. Nos fascina el paisaje. Esa deliciosa panor3mica desde los acantilados de M3naco, con los Alpes Mar3timos a nuestra espalda y el mar azul al frente, por no hablar del impresionante Casino en primer plano, me atrae hasta el punto de considerarla una de las m3s hermosas vistas de Europa. Sir Charles tiene una vinculaci3n sentimental con ese lugar. Tras el ajetreo de Londres, se siente fortalecido y renovado ganando unos cientos de francos a la ruleta en el transcurso de una velada entre las palmeras, los cactus y el aire puro de Montecarlo. Como yo siempre digo, ¡nada como el campo para un intelecto fatigado! Sin embargo, bajo ning3n concepto nos hospedamos en el pro-

pio Principado. Sir Charles no considera Montecarlo una dirección adecuada para la correspondencia de negocios. Prefiere alojarse en un confortable hotel en la Promenade des Anglais en Niza, donde recupera su salud y repone su sistema nervioso realizando excursiones diarias a lo largo de la costa hasta el Casino.

En aquella ocasión en particular estuvimos cómodamente instalados en el Hôtel des Anglais. Disponíamos de magníficos aposentos en el primer piso (salón, despacho y dormitorios) y nos encontramos en un ambiente muy agradable y cosmopolita. Por aquellos días, toda Niza hablaba de un curioso charlatán, conocido por sus seguidores como El Gran Vidente Mexicano, que se suponía que gozaba del don de la clarividencia, así como de otros incontables poderes sobrenaturales. Bien, pues es una peculiaridad de mi hábil cuñado que cuando se encuentra con un charlatán arde en deseos de dejarlo en evidencia; es un hombre de negocios tan perspicaz, que encuentra, por así decirlo, un desinteresado placer en el hecho de detectar y desenmascarar la impostura en los demás. Muchas de las damas que se alojaban en el hotel, algunas de las cuales habían conocido y conversado con el vidente mexicano, se pasaban el día contándonos extrañas historias de sus proezas. A una de ellas le había revelado el paradero de su marido huido; a otra le había indicado los números que iban a salir en la ruleta la noche siguiente; y a una tercera le había mostrado en una pantalla la imagen de un hombre al que adoraba desde hacía años sin que él lo supiera. Por supuesto, Sir Charles no creía ni una palabra de todo aquello, pero le picó la curiosidad; deseaba ver y juzgar por sí mismo al maravilloso clarividente.

—¿Cuáles serían sus condiciones, cree usted, para celebrar una sesión privada? —preguntó a *Madame Picardet*, la señora a quien había revelado los números ganadores.

—No trabaja por dinero —contestó *Madame Picardet*—, sino por el bien de la humanidad. Estoy segura de que vendría y le demostraría gustoso sus milagrosas facultades a cambio de nada.

—¡Tonterías! —respondió Sir Charles—. El hombre debe ganarse la vida; yo estaría dispuesto a pagarle cinco guineas por verlo a solas. ¿En qué hotel se aloja?

—En el *Cosmopolitan*, creo —contestó la dama—. Oh, no, ahora lo recuerdo: en el *Westminster*.

Sir Charles se volvió hacia mí discretamente:

—Escucha, Seymour —me susurró—: ve al hotel de ese hombre inmediatamente después de cenar, y ofrécele cinco libras por celebrar una sesión privada en mis habitaciones en ese mismo instante, sin mencionar quién soy yo; mantén mi nombre en secreto. Tráelo contigo, y hazle subir directamente, para que no haya ninguna posibilidad de que se confabule con nadie. Veremos cuánto nos puede desvelar ese tipo.

Hice lo que me había indicado. El vidente me pareció una persona sorprendente y agradable. Era aproximadamente de la misma estatura que Sir Charles, pero más delgado y andaba más erguido, y tenía la nariz aguileña, los ojos extraordinariamente penetrantes, con las negras pupilas muy grandes, y unos rasgos delicadamente esculpidos en una cara perfectamente afeitada, como el busto de Antinoo que tenemos en el vestíbulo de nuestra casa de Mayfair. Lo que le daba su aspecto más característico, sin embargo, era su

curiosa cabeza, con el pelo rizado como el del compositor Paderewski, que destacaba como un halo alrededor de su despejada frente y su delicado perfil. Me di cuenta a primera vista de la razón de su éxito para impresionar a las mujeres; parecía un poeta, un cantante, o un profeta.

—He venido —le dije— a preguntarle si accedería a celebrar una sesión privada ahora mismo en los aposentos de un amigo; mi jefe desea que le comunique que estaría dispuesto a pagar cinco libras como precio del entretenimiento.

El señor Antonio Herrera (así es como se hacía llamar) se inclinó ante mí con impresionante cortesía española. Sus oscuras mejillas aceitunadas se arrugaron cuando esbozó una sonrisa de sutil desprecio al responderme circunspecto:

—Yo no vendo mis dones: los concedo a cambio de nada. Si su amigo (su anónimo amigo) desea contemplar las maravillas cósmicas que se dan a conocer a través de mis manos, se las mostraré gustoso. Afortunadamente, como a menudo ocurre cuando es preciso convencer y sorprender a un escéptico (pues instintivamente tengo la sensación de que su amigo es un escéptico), da la casualidad de que no tengo ningún compromiso esta noche —se pasó la mano pensativo por el pelo largo y fino—. Sí, iré —continuó como dirigiéndose a algún ser invisible y desconocido suspendido en el aire—, iré. ¡Vamos!

Luego se puso un *sombrero*² de ala ancha con una cinta color carmesí, se echó una capa sobre los hombros, encendió un cigarrillo y echó a andar a mi lado hacia el Hôtel des Anglais.

2. En español en el original.

Por el camino habló poco, y lo poco que habló fue a base de frases cortas. Parecía ensimismado en profundos pensamientos; de hecho, cuando llegamos a la puerta y entré, él aún dio un par de pasos más, como si no se hubiera percatado del lugar al que le había llevado. Enseguida se detuvo y echó una mirada a su alrededor:

—Ah, el Anglais —dijo, y debo mencionar que su inglés, a pesar de un ligero acento sureño, era preciso y excelente—. Entonces es aquí, ¿es aquí! —de nuevo se dirigía a una presencia invisible.

Me sonreí al pensar que esas argucias pueriles estaban proyectadas para engatusar a Sir Charles Vandrift. No era él el tipo de hombre, como todo Londres sabe, al que se le pueda engañar con un juego de manos. Y en todo ello vi la más chabacana y vulgar labia de un embaucador.

Subimos a nuestras habitaciones. Charles había convocado a unos amigos para ver la sesión. El vidente entró, inmerso en sus pensamientos. Iba vestido de etiqueta, pero su fajín rojo le confería un toque pintoresco y una nota de color. Se detuvo un momento en medio del salón, sin posar su mirada en nada ni en nadie. Luego se dirigió directamente a Sir Charles y le tendió su mano morena:

—Buenas noches —le dijo—. Es usted el anfitrión. La visión de mi espíritu así me lo dice.

—Buena puntería —respondió Sir Charles—. Estos tipos tienen que ser rápidos de reflejos, ¿sabe usted, Sra. Mackenzie?, o si no nunca conseguirían nada.

El vidente miró a su alrededor, y sonrió inexpresivamente a un par de personas cuyos rostros parecían serle conocidos de una existencia anterior. Luego Sir Charles comenzó a

hacerle preguntas, pero no sobre él, sino sobre mí, para ponerle a prueba. Él respondió a todas con sorprendente precisión.

—¿Su nombre? Su nombre empieza por “s”, creo... Usted le llama Seymour —hacía largas pausas entre cada frase, como si le fueran revelando la información poco a poco—. Seymour... Wilbraham... Conde de Strafford. ¡No, conde de Strafford no! Seymour Wilbrahan Wentford. La mente de alguno de los aquí presentes parece estar haciendo algún tipo de conexión entre Wentford y Strafford. Yo no soy inglés y no sé a qué se debe. Pero de algún modo Wentford y Strafford son el mismo nombre.

Miró a los presentes, aparentemente buscando confirmación. Una señora acudió en su ayuda:

—Wentford era el apellido del gran conde de Strafford —murmuró con suavidad—, y mientras usted hablaba yo me estaba preguntando si sería posible que el Sr. Wentford fuera descendiente suyo.

—Lo es —replicó al instante el vidente, con un destello de sus ojos oscuros. Y todo ello se me antojó muy curioso, pues aunque mi padre siempre había afirmado la autenticidad de ese parentesco, faltaba un eslabón para completar el árbol genealógico. No podía asegurar que el ilustre Thomas Wilbraham Wentworth hubiera sido el padre de Jonathan Wentworth, el tratante de caballos de Bristol, de quien descendemos.

—¿Dónde nació? —interrumpió Sir Charles, pasando repentinamente a su propio asunto.

El vidente se golpeó la frente con las dos manos y luego las retuvo sobre ella, como para evitar que le estallara la cabeza.

—África —dijo lentamente sintetizando la información, por así decirlo—. Sudáfrica; Cabo de Buena Esperanza; Jansenville; calle De Witt. 1840.

—Por los clavos de Cristo, es cierto —murmuró Sir Charles—. Parece que sabe lo que se hace. Sin embargo, quizá se haya informado. Tal vez sabía a dónde venía.

—No le di la más mínima pista —contesté—; hasta que llegamos a la puerta, ni siquiera sabía a qué hotel lo llevaba.

El vidente se acarició el mentón con suavidad. Me dio la impresión de que sus ojos tenían un brillo furtivo.

—¿Le gustaría que adivinara el número de un billete dentro de un sobre cerrado? —preguntó con indiferencia.

—Salga de la habitación —le dijo Sir Charles— mientras se lo muestro a los espectadores.

El señor Herrera desapareció. Sir Charles nos lo pasó con cautela, sin soltarlo un momento, pero permitiendo que los asistentes vieran el número. Luego lo metió dentro de un sobre y lo cerró perfectamente con pegamento.

El vidente volvió a entrar. Su mirada penetrante fue recorriendo a todos los allí presentes. Sacudió su tupida cabellera; luego cogió el sobre en sus manos y lo miró fijamente:

—AF, 73549 —pronunció despacio—. Un billete de cincuenta libras del Banco de Inglaterra; cambiado por oro ganado ayer en el Casino de Montecarlo.

—Ya sé cómo lo ha hecho —dijo Sir Charles con aire de triunfo—. Debe haberlo cambiado allí él mismo; y luego yo lo volví a cambiar. De hecho, recuerdo haber visto a un tipo con el pelo largo rondando por allí. De todos modos, es un truco soberbio.

—Es capaz de ver a través de la materia —intervino una de las señoras; era *Madame Picardet*—. Puede ver el contenido de una caja —y sacó de un bolsillo de su vestido una pequeña cajita de oro como las que usaban nuestras abuelas para guardar las sales—. ¿Qué hay aquí? —le preguntó, sujetándola ante él.

El señor Herrera miró a través de la caja.

—Tres monedas de oro —respondió, frunciendo las cejas con el esfuerzo por ver el contenido de la cajita—: una de ellas, de cinco dólares americanos; otra, de diez francos franceses; y otra de veinte marcos, alemana, del emperador Guillermo.

Ella abrió la caja y la hizo circular entre los asistentes. Sir Charles esbozó una sonrisita.

—¡Complicidad! —murmuró como para sí mismo—
¡Complicidad!

El vidente se volvió hacia él con gesto huraño.

—¿Quiere otra señal más clara? —dijo con voz altisonante— ¿Una señal que le convenza? Muy bien: tiene usted una carta en el bolsillo izquierdo de su chaleco, una carta toda arrugada. ¿Desea que diga en alto su contenido? Así lo haré, si usted quiere.

A aquéllos que conozcan a Sir Charles les parecerá increíble, pero debo confesar que mi cuñado se sonrojó. Ignoro cuál podía ser el contenido de esa carta; él únicamente respondió, irritado y confuso:

—No, gracias; no quiero molestarle más. La demostración que ha hecho de sus habilidades en este campo es más que suficiente —y se tocó nerviosamente el bolsillo del chaleco con los dedos, como medio temeroso de que el señor Herrera quisiera leer su interior.

Me dio la impresión, además, de que miraba con cierto nerviosismo a *Madame Picardet*.

El señor Herrera se inclinó cortésmente:

—Sus deseos, *señor*³, son órdenes —dijo—. A pesar de ser capaz de ver a través de cualquier materia, tengo como principio inquebrantable respetar los secretos y las intimidades. Si no fuera así, pondría a la sociedad en fuga. ¿Cuántos de los aquí presentes podríamos soportar que se dijera toda la verdad sobre nosotros? —y miró en derredor. Nos recorrió un incómodo estremecimiento. La mayoría de los presentes teníamos la sensación de que aquel extraño hispanoamericano sabía demasiado; y algunos de nosotros estábamos implicados de lleno en operaciones financieras.

—Por ejemplo —continuó el vidente con voz suave—, se da la circunstancia de que hace unas semanas viajé en tren desde París hasta aquí con un hombre muy inteligente, promotor de una compañía. En su maleta llevaba unos documentos... documentos confidenciales —miró a Sir Charles— ...ya sabe a lo que me refiero, estimado señor: informes realizados por expertos... por ingenieros de minas. Usted debe haber visto alguno igual, rotulado como “Estrictamente privado”.

—Forman parte integrante de las altas finanzas —admitió fríamente Sir Charles.

—E-xac-tamente —susurró el vidente, y por un momento su acento no pareció tan español como antes—. Y al estar marcados como “Estrictamente privado”, respeto, por supuesto, el sello de confidencialidad. Esto es todo lo

3. En español en el original.

que deseo decirles. Al haberme sido concedidos estos poderes, considero mi deber no utilizarlos de modo que puedan perturbar o molestar a mis semejantes.

—Su sensibilidad le honra —respondió Sir Charles, con cierta aspereza; luego me susurró al oído—. Maldito canalla avisado, Sey; ojalá no lo hubiéramos hecho venir.

Y el señor Herrera pareció adivinar intuitivamente ese deseo, pues manifestó en un tono mucho más liviano y jovial:

—Ahora les mostraré un ejemplo distinto y mucho más interesante de mis poderes ocultos, para lo cual necesitaremos una luz ambiental más tenue. ¿Le importaría, señor anfitrión (pues me he abstenido deliberadamente de leer su nombre en la mente de ninguno de los presentes), que bajara un poco la intensidad de esa lámpara? ¡Eso es! Así servirá. Ahora, esta otra; y ésa. ¡Perfecto!, así está bien —sacó un paquete de polvos y vertió algunos en un platito—. Y ahora, una cerilla, por favor. Gracias —Ardió con un extraño resplandor verde; sacó una tarjeta de su bolsillo, y a continuación un tintero—. ¿Alguien tiene una pluma?

Inmediatamente le ofrecí una. Él se la entregó a Sir Charles:

—Hágame el favor de escribir su nombre aquí —y le señaló un punto en el centro de la tarjeta, que tenía el borde en relieve, con un pequeño recuadro interior de distinto color.

Sir Charles sentía una natural aversión a escribir su nombre sin conocer el motivo.

—¿Qué quiere hacer usted con él? —preguntó; se pueden dar muchos usos a la firma de un millonario.

—Quiero que meta la tarjeta en un sobre —respondió el vidente— y que lo quemé. Después le mostraré su nom-

bre escrito en mi brazo con letras de sangre, con su propia caligrafía.

Sir Charles cogió la pluma. Si su firma iba a arder en cuanto terminara, no le importaba escribirla. Trazó su nombre con su habitual estilo firme y claro; la escritura de un hombre que sabe lo que vale y que no tiembla a la hora de firmar un cheque por valor de cinco mil libras.

—Mírela durante un rato —le dijo el vidente desde el otro extremo de la estancia. No había mirado mientras Sir Charles firmaba.

Sir Charles la miró fijamente. El vidente estaba empezando a impresionarle de verdad.

—Ahora métala en ese sobre —señaló.

Sir Charles la puso donde se le había indicado, como un corderito. El vidente se acercó.

—Ahora déme el sobre —dijo; lo cogió, se acercó a la chimenea, y lo quemó solemnemente—. Véalo: se está convirtiendo en ceniza —exclamó. Luego volvió al centro de la sala, junto a la luz verde, se remangó y le enseñó el brazo a Sir Charles; allí, en letras rojo sangre, mi cuñado leyó su nombre, “Charles Vandrift”, ¡escrito con su propia caligrafía!

—Ya sé cómo lo ha hecho —murmuró Sir Charles, apartándose hacia atrás—. Es un truco muy hábil; pero aún así lo he descubierto. Es como esa ilusión óptica. La tinta que usted me dio era verde oscura; la luz es verde; me indicó que la mirara durante un rato, y luego vi lo mismo escrito en la piel de su brazo en su color complementario.

—¿Eso cree? —preguntó el vidente, haciendo un curioso mohín con los labios.

—Estoy seguro —contestó Sir Charles.

Rápido como el rayo, el vidente volvió a remangarse:

—Ahí está su nombre —exclamó con voz muy clara—, pero no su nombre completo. ¿Y que me dice, entonces, de mi brazo derecho? ¿También está en color complementario? —se subió la otra manga, y allí, con letras verdes como el mar, leí el nombre “Charles O’Sullivan Vandrift”. Es el nombre completo que mi cuñado recibió en la pila bautismal; pero hace muchos años que dejó de utilizar el O’Sullivan, y además, en honor a la verdad, no le agrada. Se siente un poco avergonzado de la familia de su madre.

Charles le echó una rápida mirada:

—¡Muy bien! —dijo— ¡Muy bien! —pero su voz sonaba hueca. Me daba cuenta perfectamente de que no tenía ningún interés en prolongar la sesión. Por supuesto, era consciente de que el hombre le había engañado; aunque estaba claro que el tipo sabía demasiado sobre nosotros como para sentirnos cómodos.

—Enciendan las luces —dije yo, y un sirviente las encendió— ¿Pido café y Benedictine? —le susurré a Vandrift.

—Por supuesto —respondió—, ¡cualquier cosa antes de que este tipo siga con sus impertinencias! Y digo yo, ¿no convendría al mismo tiempo sugerir que los hombres pueden fumar? Ni siquiera estas damas le harían ascos a un cigarrillo; bueno, algunas.

Hubo un suspiro de alivio. Las luces volvieron a brillar con toda su intensidad. El vidente hizo una pausa en su trabajo, por así decirlo; aceptó un cigarro Partagaz de muy buen grado, se tomó su café en un rincón, y conversó con gran cortesía con la dama que se había preguntado si yo sería un Strafford. Era un perfecto caballero.

A la mañana siguiente, volví a ver a *Madame* Picardet en el vestíbulo del hotel vestida con un bonito traje de viaje hecho a medida, con intención evidente de encaminarse hacia la estación de ferrocarril.

—¿Cómo, se marcha usted, *Madame* Picardet? —exclamé.

Ella sonrió, y me tendió la mano enfundada en un fino guante:

—Sí, me voy —dijo con aire de superioridad—. A Florencia, a Roma o a algún sitio así. Ya le he sacado todo el jugo a Niza... la he exprimido como una naranja y he obtenido toda la diversión posible. Y ahora me voy a mi amada Italia.

Pero me pareció chocante que, si su destino era Italia, cogiera el ómnibus que lleva al tren *de luxe* a París. Sin embargo, un hombre de mundo da por bueno todo lo que una dama le dice, por muy improbable que sea; y confieso que durante diez días más o menos no volví a pensar en ella, ni tampoco en el vidente.

Al cabo de ese tiempo llegó el extracto quincenal de nuestro banco de Londres. Es parte de mis obligaciones como secretario personal de un millonario revisar ese resumen una vez cada quince días y comparar los cheques liquidados con las matrices de los de Sir Charles. En esta ocasión en particular se dio la casualidad de que observé lo que únicamente se puede describir como una seria discrepancia: en realidad, una discrepancia de 5.000 libras. Y además en nuestra contra. Habían cargado en la cuenta de Sir Charles 5.000 libras más de las que sumaban las matrices de sus cheques.

Repasé atentamente el extracto. El origen del error estaba claro: un cheque al portador por valor de 5.000 libras fir-

mado por Sir Charles y evidentemente cobrado en metálico en la oficina de Londres, ya que no figuraba ningún sello ni ninguna identificación de otra sucursal.

Llamé a mi cuñado, que estaba en el salón, al despacho:

—Mira esto, Charles —le dije—, hay un cheque en el resumen que no has registrado —y se lo tendí sin más comentarios, pues pensé que quizá podría haberlo extendido para saldar alguna pequeña pérdida en alguna apuesta o alguna partida de cartas, o para arreglar cualquier otro asunto que no deseaba mencionar. Estas cosas pasan.

Lo leyó y se quedó mirándolo unos momentos. Luego frunció los labios y dejó escapar un silbido largo en tono bajo. Finalmente le dio la vuelta y comentó:

—Sey, muchacho, mira que nos la han colado gorda, ¿eh?

Miré el cheque:

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Hombre, pues al vidente —contestó, aún mirándolo contrariado—. No es que me importen las cinco mil libras, pero pensar que el tipo nos haya timado de esa manera tan... ¡degradante, diría yo!

—¿Cómo sabes que ha sido el vidente? —le pregunté.

—Mira la tinta verde —respondió—. Y además, reconozco el detalle del extremo de la rúbrica. Hice ese pequeño adorno por la excitación del momento, que normalmente no hago en mi firma habitual.

—Nos la ha jugado —contesté, reconociéndolo—. Pero ¿cómo demonios se las ingenió para traspasarla al cheque? Esto parece tu propia letra, Charles, no una falsificación más o menos hábil.

—Lo es —dijo—, lo admito; no puedo negarlo. ¡Imagínate, engañarme cuando más alta mantenía la guardia! No me iba a engatusar con ninguno de esos tontos trucos oculistas ni sus adivinaciones; pero no se me ocurrió que pudiera desplumarme de ese modo. Podía esperar algún intento de préstamo o una extorsión; pero conseguir estampar mi firma en un cheque en blanco... ¡qué bárbaro!

—¿Cómo se las ingenió? —pregunté yo.

—No tengo ni la más remota idea. Sólo sé que esas son las mismas palabras que yo escribí. Podría jurarlo ante quien fuera.

—¿Entonces no puedes reclamar el cheque?

—Por desgracia, no; es mi firma auténtica.

Sin más demora, esa misma tarde fuimos a ver al comisario jefe de policía. Era un caballeroso francés, mucho menos formal y burocrático de lo normal, y hablaba un excelente inglés con acento americano; de hecho, había trabajado como detective en Nueva York durante unos diez años cuando era más joven.

—Adivino —dijo pausadamente después de escuchar nuestras explicaciones— que han sido víctimas del coronel Clay, caballeros.

—¿Quién es el coronel Clay? —preguntó Sir Charles.

—Eso es exactamente lo que a mí me gustaría saber —respondió el comisario con su curioso acento inglés-francoamericano—. Coronel, porque de vez en cuando se otorga un cargo a sí mismo; se le llama coronel Clay⁴ porque verdaderamente parece poseer un rostro de goma que

4. *Clay* = arcilla, en inglés.

es capaz de moldear como las manos de un alfarero dan forma a la arcilla. Nombre verdadero: desconocido. Nacionalidad: doble, inglesa y francesa. Domicilio: Europa, habitualmente. Profesión: antiguo escultor de figuras de cera del Museo Grévin. Edad: la que se le antoje. Emplea su destreza para dar distinta forma a sus mejillas y nariz añadiéndoles cera hasta conseguir el personaje que quiere crear. Aguileña esta vez, según me han dicho ustedes. A ver... ¿algo parecido a estas fotografías?

Rebuscó en su escritorio y nos enseñó dos.

—No, en absoluto —contestó Sir Charles—. Excepto el cuello, quizá, ningún rasgo de los que aquí se aprecian es como los suyos.

—¡Entonces es el coronel! —exclamó el comisario con convencimiento, frotándose las manos con regocijo—. Miren esto —y sacó un lápiz y dibujó un rápido esbozo de una de las caras de las fotografías; la de un hombre de aspecto joven sin una expresión definida—. Éste es el coronel con su disfraz más sencillo. Muy bien. Ahora observen: imaginen que añade un pequeño parche de cera aquí, en la nariz... nariz aguileña... exactamente así; bien, ahí lo tienen; y en la barbilla, así, un toque; ahora, una peluca; en lo que respecta al aspecto, no hay nada más simple. Y ésta es la cara que tenía su pícaro, ¿verdad?

—Exactamente —rezongamos los dos a la vez. Con un par de trazos del lápiz y un poco de pelo postizo el rostro se había transformado.

—Sin embargo, tenía los ojos muy grandes, con unas pupilas muy abiertas —comenté mirando con atención—, y el hombre de la foto los tiene pequeños e inexpresivos.

—Así es —contestó el comisario—; una gota de belladona las dilata... y aquí tienen al vidente; cinco granos de opio las contraen... y les dan una apariencia de memo inocentón muerto en vida. Bien, dejen este asunto en mis manos, caballeros. Voy a averiguar cómo lo hizo. No puedo asegurar que le vaya a atrapar; nadie ha atrapado jamás al coronel Clay; pero les explicaré cómo hizo el truco, y eso debería ser suficiente consuelo para un hombre de su fortuna por una insignificancia de cinco mil libras.

—No es usted el funcionario francés convencional, señor comisario —me atreví a comentar.

—¡Puede estar seguro de ello! —respondió el comisario, y se puso en pie como un capitán de infantería—. *Monsieurs* —prosiguió en francés, con gran dignidad—, dedicaré todos los recursos con los que cuenta esta comisaría a investigar el crimen, y, si es posible, a proceder a la detención del culpable.

Por supuesto, enviamos un telegrama a Londres y escribimos al banco proporcionando una completa descripción del sospechoso. Pero ni que decir tiene que no sirvió de nada.

Tres días después, el comisario nos visitó en nuestro hotel.

—Bien, caballeros —dijo—, ¡me alegra comunicarles que lo he averiguado todo!

—¿Cómo? ¿Han detenido al vidente? —preguntó Sir Charles.

El comisario retrocedió, casi horrorizado con la insinuación.

—¿Detener al coronel Clay? —exclamó— ¡*Mais monsieur*, sólo somos humildes mortales! ¿Detenerle? No, claro que

no. Pero hemos descubierto cómo lo hizo. ¡Y no es poca cosa desentrañar los trucos del coronel Clay, caballeros!

—Bien, ¿y qué han averiguado? —preguntó Sir Charles, alicaído.

El comisario se sentó y se regodeó con su descubrimiento. Era evidente que le divertían enormemente los delitos bien planeados.

—En primer lugar, *monsieur* —dijo—, deseche la idea de que cuando su *monsieur* secretario fue a buscar al señor Herrera aquella noche, el señor Herrera no sabía a quién venía a ver. De hecho, ocurrió todo lo contrario. Por mi parte, no hay ninguna duda de que el señor Herrera, o el coronel Clay (llámenle como gusten) vino a Niza este invierno sin más propósito que el de robarle.

—Pero fui yo quien le fue a buscar —intervino mi cuñado.

—Sí; él *determinó* que usted le fuera a buscar. Forzó la jugada, por así decirlo. Y creo que si no fuera capaz de hacer eso, no sería un buen mentalista. Contaba con la colaboración de una mujer (su esposa, pongamos por caso, o su hermana) que se hospedaba aquí, en este hotel; una tal *Madame* Picardet. A través de ella incitó a varias damas del entorno de ustedes a asistir a sus sesiones. Tanto ella como las demás les hablaron de él, y así despertaron su curiosidad. Puede apostar hasta su último dólar que cuando llegó a esta habitación ya venía instruido y enterado de extensa información sobre ustedes dos.

—Qué idiotas hemos sido, Sey —exclamó mi cuñado—. Ahora me doy cuenta de todo. Esa intrigante le mandó aviso de que yo deseaba verle; y para cuando tú llegaste allí ya estaba preparado para engañarme.

—Así es —respondió el comisario—. Ya tenía su nombre escrito en los dos brazos; y además había hecho otro tipo de preparativos de más importancia aún.

—Se refiere usted al cheque. Bien, ¿cómo lo hizo?

El comisario abrió la puerta.

—Pase —dijo. Y entró un joven al que inmediatamente reconocimos como el responsable del Departamento de Exteriores del Banco de Crédito Marsellés, la principal entidad de la Riviera.

—Cuéntenos lo que usted sabe sobre este cheque —le pidió el comisario enseñándole el cheque, pues se lo habíamos entregado como prueba del delito.

—Hace unas cuatro semanas... —comenzó el empleado.

—Digamos que diez días antes de su sesión privada —intervino el comisario.

—...un hombre con el pelo muy largo, nariz aguileña, moreno, de aspecto peculiar y buena planta vino a mi departamento y me preguntó si le podía dar el nombre del banco con el que Sir Charles Vandrift operaba en Londres. Me dijo que tenía que ingresar una cantidad de dinero en su cuenta y me preguntó si nosotros podríamos enviársela en su nombre. Le dije que para nosotros sería una circunstancia irregular hacernos cargo de ese dinero, al no tener usted cuenta en nuestra entidad, pero que sus banqueros de Londres eran Darby, Drummond y Rothenberg, S.L.

—Correcto —murmuró Sir Charles.

—Dos días después, una señora, *Madame* Picardet, cliente nuestra, ingresó un cheque de trescientas libras, firmado por una persona importante, y nos pidió que lo pagáramos en su nombre a Darby, Drummond y Rothenberg, S.L., y que

le abriéramos una cuenta con ellos. Así lo hicimos, y recibimos una chequera.

—De la cual salió ese cheque, como compruebo por el número que me enviaron por telegrama desde Londres —indicó el comisario—. Y también me comunicaron que el mismo día en que se cobró su cheque, *Madame* Picardet retiró su dinero.

—Pero ¿cómo consiguió ese tipo que le firmara el cheque? —se lamentó Sir Charles— ¿Cómo logró realizar el truco de la tarjeta?

El Comisario sacó de su bolsillo una tarjeta similar.

—¿Algo parecido a esto?

—¡Exactamente! Una réplica idéntica.

—Ya me lo imaginaba. Bien, nuestro coronel, deduzco, compró un paquete de estas tarjetas, que se usan para enviar invitaciones a actos religiosos, en una tienda del muelle de Massena. Recortó la parte central, y vea... —el comisario le dio la vuelta y nos mostró un papel cuidadosamente pegado por la parte de atrás; lo arrancó, y allí, oculto detrás del papel, se escondía un cheque doblado, que únicamente mostraba la parte destinada a la firma en la cara que el vidente nos había enseñado—. Eso es lo que yo llamo un truco impecable.

—¡Pero quemó el sobre delante de mis narices! —exclamó Sir Charles.

—¡Bah! —contestó el comisario— ¿Y cómo podría considerársele un buen mago, entonces, si no fuera capaz de cambiar un sobre por otro en el recorrido desde la mesa hasta la chimenea sin que ustedes se diesen cuenta? Y el coronel Clay, no lo olviden, es una autoridad entre los ilusionistas.

—Bueno, es un consuelo saber que hemos identificado a nuestro hombre y a la mujer que actuaba con él —dijo Sir Charles, dejando escapar un suspiro de alivio—. Lo siguiente será, por supuesto, que ustedes les seguirán la pista en Inglaterra y los detendrán, ¿no?

El comisario se encogió de hombros:

—¿Detenerles? —exclamó divertido— ¡Oh, señor, pero qué optimista es usted! Ningún oficial de justicia ha logrado jamás detener al coronel *Caoutchouc*⁵, como le llamamos en francés. Es tan escurridizo como una anguila, ese hombre. Se nos escabulle de entre los dedos. Supongamos que lo cogemos, ¿qué conseguiríamos probar?, me pregunto. Nadie que lo haya visto podría jurar que se trata del mismo hombre cuando se pone su siguiente disfraz. Es muy gracioso, este coronel. El día en que le detenga, le aseguro, *monsieur*, que podré considerarme el oficial de policía más sagaz de Europa.

—Bien, pues a pesar de todo, yo lo atraparé —respondió Sir Charles, y se sumió en el silencio.

5. *Caoutchouc*: caucho.